

# Éric Laurent

## Ciudades analíticas

Presentación de Vicente Palomera  
y  
Postfacio de Susana Toté

FOTOCOPIADORA	
(31)	CEHCE
.....	
Folio 98	S/F —
	D/F 4



Tres Haches

21

222

## ¿Desangustiar?

Una pregunta tal sólo se formula desde el psicoanálisis. La medicina no se la plantea. En medicina va de suyo que el síntoma es algo que se trata de hacer desaparecer: la angustia es un síntoma que, como cualquier otro, debe desaparecer. Por un lado, el psicoanálisis sólo considera la eliminación de los síntomas una vez establecida su función, y por otro, distingue la función de la angustia de la del síntoma. Plantear la cuestión de desangustiar separa de entrada al psicoanálisis del cuidado médico. Para el médico el psicoanálisis enmascara su impotencia bajo una retórica de la función del síntoma. Para nosotros, no se trata solamente de retórica. Es la misma paradoja que encontramos operando en el acto fallido. Un acto nunca es más logrado que cuando falla. Pero esta proposición no va sin un correctivo lógico. La proposición no es recíproca. No alcanza con fallar una acción para que sea un acto en tanto tal.

En el seno del psicoanálisis de niños, el binario angustiar/desangustiar estructuró un debate en los años treinta entre Anna Freud y Mélanie Klein. Para Anna Freud, era necesario dividir el yo del niño para que éste pueda interesarse en su inconsciente. Como el sujeto es difícil de angustiar, para que haya una dinámica de la cura, es necesario el establecimiento de la transferencia y la amenaza de pérdida de amor que instaura. El analista debía entonces hacerse superyó transitorio para angustiar al niño que no lo estaba suficientemente, al no tener todavía superyó. Para Mélanie Klein, por el contrario, el sujeto está angustiado desde siempre, asaltado por su angustia paranoide precoz, aún cuando ni el yo, ni *a fortiori* el superyó, en el sentido freudiano, están formados.

La hipótesis de un superyó precoz divergía con la *doxa* freudiana de la época y dio lugar al debate sobre los "precursores del superyó". Según los annafreudianos, la señal de la angustia, por más pequeño que sea el niño, debe producirse en el yo. No se puede hablar entonces, en sentido estricto, de angustia superyoica antes del pleno desa-

rollo del yo y de sus mecanismos de defensa. La psicología del yo puso entonces el acento en una teoría del desarrollo del yo que sólo admite "precursores" del superyó según las distintas fases de éste. Este movimiento guardará de ese modo su distancia respecto de la teoría de M. Klein al oponerle el superyó arcaico devastador al superyó civilizado postedípico. Si las grandes corrientes posfreudianas divergían respecto de la angustia, se encontraban del mismo lado respecto de una segunda indicación freudiana diferente de la posición médica: no se debía desculpabilizar al sujeto. De este modo, la posición psicoanalítica se separa netamente de aquella que aboga a favor de la desculpabilización del sujeto por razones humanitarias.

### *La angustia plantea la cuestión del deseo*

¿Por qué no desculpabilizar? No es solamente porque Freud era muy prudente respecto del desbloqueo de las barreras de la civilización. Es porque se trata de alcanzar por medio de la culpabilidad la división del sujeto. El psicoanálisis constata que el sujeto neurótico es siempre culpable de gozar y de existir, lo que Freud designó como la culpabilidad inconsciente. Freud separaba de ese modo psicoanálisis de psicoterapia cuando ésta se reunía con el ideal médico, buscando reducir la culpabilidad.

¿Cuál es entonces la alternativa a desangustiar? La angustia ¿no indicaría, ella también, un punto crucial para el sujeto? El estatuto particular de la angustia entre los afectos ha sido subrayado por Freud, y Lacan lo formuló a modo de resumen de la siguiente manera: la angustia es un afecto que no engaña. Guía al sujeto neurótico hacia lo real. Para el sujeto neurótico, si no hubiese angustia, todo sería sólo un teatro de sombras. El sujeto histérico reduce el mundo a sus semblantes y sus intrigas, el obsesivo ve el mundo detrás de un velo. Ambos se encuentran exilados del sentimiento de la vida. Si la angustia no engaña, es en tanto plantea la buena pregunta, aquella del deseo. Estamos angustiados cuando no sabemos lo que el Otro quiere de nosotros. Es en este sentido que la angustia no es sin objeto. La

presencia del Otro como tal está en causa. Lacan vuelve legibles las evoluciones de la teoría freudiana de la angustia. Desde los primeros trabajos sobre la neurosis de angustia hasta *Inhibición, síntoma y angustia*, la angustia es presencia del deseo del Otro como tal.

Desangustiar quiere decir a la vez que se trata de introducir una pregunta sobre el deseo y de interpretar el deseo que está en juego. Algunas orientaciones analíticas ponen en primer lugar la necesidad de una alianza terapéutica con el sujeto bajo el modo de un contrato. La verdadera alianza para Lacan no es la alianza "terapéutica", es la interpretación como tal, que instala la transferencia. Lacan muestra, al releer los casos de Dora y del Hombre de las Ratas, que Freud interpretaba de inmediato, especialmente la angustia. Esta interpretación inaugural es aislada por Lacan como "rectificación subjetiva". En este sentido, "desangustiar" es coherente con la orientación dada en "La dirección de la cura...", texto publicado al comienzo de los años sesenta. Esta práctica es explícitamente opuesta a la orientación annafreudiana.

Desangustiar consiste entonces en hacer surgir la pregunta por el deseo, pero ¿cómo? Podríamos decir que la vía regia para interpretar el deseo es hacer consistir el síntoma. Se puede desangustiar mucho mejor en la medida en que se llega a hacer consistir el síntoma. A la inversa, cuando el síntoma no consiste, no viene a capitonar la angustia. Tomemos algunos ejemplos.

#### *La angustia capitonada por el síntoma*

Primer caso, un hombre viene a ver a un analista con angustias diversas y rumiaciones. El sujeto es taladrado por una inquietud instalada por un profesor que le dijo: "¿no será Ud. Homosexual?" ¿Cómo desangustiarlo? Favoreciendo la sistematización del síntoma obsesivo al interrogarlo acerca de su pensamiento, sus rumiaciones, lo que permite poner en marcha el síntoma y hacer retroceder la angustia. Esto le permite al sujeto encontrar una mujer. Se encuentra impotente y eyaculador precoz, lo que relanza su angustia. Los re-

cuertos evocados en análisis giran alrededor del padre que lo había abandonado de joven dejándolo en manos de las mujeres de la familia. El padre se perdió luego en el alcoholismo. Con la mujer encontrada, el sujeto se plantea sin cesar la cuestión del abandono. Vacila en tener relaciones sexuales. La carga de la demanda cae entonces sobre el *partenaire*, y esta demanda del Otro encuentra su ausencia de deseo. La cuestión del abandono se plantea en un halo de culpabilidad. Aprendió de boca de su madre que todos los hombres son cobardes. Tiene entonces temor de huir como su padre. Se encuentra tomado por el infierno de los múltiples mandamientos que lo paralizan. El objeto amoroso se vuelve el índice de un deseo imposible. Se pregunta si no dice todo esto para procurarme placer, y el problema de su homosexualidad vuelve ligeramente desplazado, ya que se piensa entonces como masoquista. Cambia de *partenaire* y el síntoma se alivia notablemente. Se autorizó a abandonar sin abandonar su análisis, y el analista se vuelve entonces el objeto que estorba. Este depósito en el analista a través de la transferencia alivia su angustia y sus sentimientos de impotencia.

#### *La angustia fijada por la mujer*

En un segundo caso, la consistencia del síntoma se articula con la construcción del fantasma. Un sujeto vino a verme, hace algunos años, fastidiado, decía, por la enojosa manía que tenía de elegir como objeto de amor a mujeres "ya comprometidas", lo que le complicaba la existencia, agotándolo en rivalidades, dejando a veces aparecer impulsiones a agredir al otro con armas blancas, por las que se apasionaba. En el horizonte, esta agresividad apuntaba al padre. Su efecto paradójico incluso lo había llevado en un momento en que iba a pasar el examen final que lo conduciría a ejercer la misma profesión que el padre, a experimentar vómitos sin enmienda, dirimientes para el empleo que debía ocupar. Por supuesto que él quería que en esta rivalidad yo reconociese la homosexualidad latente que lo habría habitado de manera inconsciente.

Pronto se revela que lo que lo inquieta es precisamente que esta homosexualidad inconsciente es muy consciente en él, en la medida en que fue seducido, a la edad de nueve años, por un educador amigo de los padres, en una escena de decorado campestre, en la que parece que un hacha estaba presente en algún lugar para cortar madera. Esta seducción —había consistido en masturbaciones recíprocas— este encuentro de un deseo había provocado en el sujeto una respuesta que se manifestaba por medio de una compulsión a ponerse, lo que hasta ese momento le resultaba insoportable, un impermeable plástico —que su madre quería hacerle poner apenas había la menor amenaza de lluvia—, y a masturbarse bajo esa pantalla. Esta práctica dura desde entonces, y permanece como su consuelo, universal remedio a las marcas que le inflige la existencia. No se queja. Es éste un fantasma en suma bien construido, y podríamos preguntarnos entonces cómo construirlo con él.

Lo que el análisis vino a develar comienza por un sueño en el que, a la intrusión de la mirada, él responde con una cagada. El análisis de su relación con la limpieza y la suciedad le revela entonces un recuerdo encubridor: hacia los cuatro o cinco años, sorprende a su madre, o su hermana —se inclina por su hermana— entreabriendo la cortina del baño para aparecer desnuda. Percibe entonces la castración femenina. En una esquina de la habitación yace una gorra de baño de plástico de la misma materia que el impermeable.

A partir de aquí, la transferencia se manifiesta bajo su vertiente agresiva. Una deuda para conmigo es la ocasión para él de preguntarse en sesión por qué hace sonar así las monedas que tiene en su bolsillo. Una canción viene a su mente, en la que un marinero hace lo mismo, esta canción finalizaba con el pago de la deuda que tenía el marinero por medio de un cuchillazo. Este pensamiento tierno hacia mí se interpretó en primer lugar para él en el hecho de que él venía esencialmente a cagarme, dicho de otro modo, a llenar aquí como en otros lados las diferentes gorras y los impermeables que pueblan su vida.

Este descubrimiento del hecho de que él venía a llenar al Otro

con su ser bajo esta forma provoca en él un trastorno, incluso corporal, que lo lleva a consultar a un médico. En efecto, durante los quince días que siguen a este pequeño episodio, está preocupado por sus “deyecciones turbias”. Tiene la impresión de que sus deposiciones contienen una materia blanca, como esperma. Una vez el sujeto tranquilizado por la Facultad, este síntoma desaparece rápidamente. Veamos aquí cómo el momento transferencial —estasis luego de la primera fase de alineación subjetiva en la que reencuentra el recuerdo encubridor—, esta transferencia-estasis es al mismo tiempo el momento en que aparece el objeto bajo la forma anal.

### *Trabajo de transferencia*

Luego, y esto durará, no comprende por qué, cada vez que evoca el recuerdo encubridor del baño, ve pasar, dice, en el medio de la escena, un cuchillo, el mismo que evocaba como teniendo que estar siempre presente en su bolsillo, en caso de riña. Es un sueño el que viene a darle la solución: está en lo de su tía y ve los lugares con la precisión muy viva que puede conllevar el efecto de real en el sueño. Pero, aquí como en otros lados, no es de la realidad de lo que se trata —como tampoco lo es en la luz del sueño “Padre, ¿no ves que ardo?”. En este sueño, en lo de su tía, del otro lado de la pared, en otra habitación, están presentes tres mujeres, su madre, su tía, su hermana. El hurgo —lo que está prohibido— en un baúl lleno de ropa femenina y retira de allí su mano llena de sangre.

Analizará cuidadosamente este sueño, seleccionando aquello de lo que se trata en el recuerdo del encuentro con la castración. Finalmente descubre por qué no podía ya evocar el recuerdo encubridor sin que la presencia del cuchillo se impusiera: de hecho, se trataba del desplazamiento del hacha de la escena de seducción a la verdadera escena traumática, el descubrimiento de la ausencia de pene de la hermana. Era necesario que fuese captado el momento de encuentro en el acto prohibido de hurgar bajo las polleras de la madre para que se elaborara su posición y que se separase del fantasma agresivo so-

bre el otro y de la angustia que lo acompañaba.

Tres etapas entonces, en su relación con el Otro. En un primer momento antepone su rivalidad con el hombre, con la idea del cuchillo siempre evocable en el bolsillo. Luego, en la transferencia, se separa de lo que tiene en el bolsillo: por un lado el cuchillo, el hacha, que son significantes con los cuales se evoca el (-f) que encanta la estructura, el corte siempre posible, el valor fálico; por el otro lado la necesidad para él de tener siempre en su bolsillo las heces necesarias para venir a manchar la pantalla impermeable que vendría a presentarle al Otro. Es entonces, en esta bivalencia transferencial, que aparece la verdadera significación de su rivalidad con los hombres. Es la degradación de su vida amorosa que apunta a constituir un Otro femenino al intentar forzar su consentimiento y poder alojar allí, en ese momento, la apuesta por la cual él constituye ese Otro femenino, su desecho. Venía entonces a depositar el excremento de su fantasma sobre esta página en blanco que era para él una mujer convocada en ese punto.

Es allí el punto en que el trabajo de transferencia —ya que es de este modo que Lacan tradujo una vez la *Durharbeitung* freudiana— viene a distinguir el estatuto del Otro y del otro; a distinguir por un lado los juegos de circo que él podía organizar, reservando una localidad para el aburrimiento del amo, y por otro lado la construcción subterránea de este fantasma. Ya que *hay* construcción del fantasma en este análisis. ¿Cómo considerarla, decía, cuando llega con un fantasma totalmente constituido, y que entrega bastante rápidamente en el análisis, que no hay que extraer piedra por piedra?

Esta construcción se hace por la puesta en juego de la transferencia, puesta en juego desde el comienzo alrededor de esta agresividad imaginaria. No se trata para el analista de “introducirse en los fantasmas del paciente”, como lo dice el prefacio italiano a la traducción de las obras de Mélanie Klein en esa lengua,<sup>2</sup> sino más bien de jugar con lo que Lacan llama “el margen de exteriorización del objeto a”.<sup>3</sup> Este margen de exteriorización constituye el partenaire analista más allá de lo imaginario. Hace oír el metálico sonante en su bolsi-

llo, realizando la equivalencia entre el dinero y el desecho, pero esto es sólo imaginario. La estructura que subyace es la de constituir al analista como partenaire a través de esta misma postura. Lejos de estar en el origen del relato del fantasma, llega recién después de que están separados, de un lado lo que proviene de la castración, del otro, lo que proviene del objeto. El fantasma evocado al comienzo de otro que surge en el momento en que él se masturba bajo la pantalla protectora del plástico, viene a sostener conjuntamente y a confundir en el mismo momento, el valor de la castración —que vale respecto del Otro— y el objeto —la mácula que viene a producir sobre la pantalla. Por medio de esta práctica afirma el valor fálico que tenía para su madre. De donde el hecho de que el mismo impermeable que se presentaba como objeto de asco y rebelión anteriormente, se lo mete por el contrario al revés con arrebató más adelante, testimoniando precisamente por esta vía que era el falo de su madre.

Para abordar este punto de su identificación fálica imaginaria, era necesario que cayera el velo impermeable de la pantalla plástica donde la mantenía. El análisis prosiguió más allá de ese punto. Ahora hace mucho tiempo que no nos vemos. A veces me llama, muy cada tanto, para preguntarme direcciones de analistas para niños de su entorno que le parecen estar en peligro.

#### *La angustia no capitonada*

Hay casos sin embargo en los que la angustia no puede capitonarse ni por medio del síntoma, ni en la construcción del fantasma. Una mujer, de alrededor de cuarenta años, la Sra. D., viene a verme una tarde en un estado de gran nerviosismo. Está invadida por lo que llama “obsesiones”: tiene miedo de escupir sangre, sólo tiene un pulmón en razón de las secuelas de una antigua pleuresía. Pero sobre todo, tiene miedo de ser envenenada. Le resulta entonces muy difícil comer fuera de su casa, principalmente en compañía de hombres. Pero en su casa, tampoco puede comer, ya que su departamento es impropio para cualquier uso. Como ella no puede tirar nada, ahora

está totalmente saturado. Sólo subsiste el sitio en el que ella puede dormir, pero eso es todavía decir demasiado, ya que ella no duerme más —de noche, en todo caso, le es necesario levantarse incesantemente para verificar que la puerta está bien cerrada, que ningún ladrón pueda penetrar en el departamento, finalmente, que ningún hombre se introduzca o introduzca su llave en la preciosa cerradura. Esta sensibilidad paranoide al envenenamiento y la preocupación, la fascinación por la cerradura sorprenden por su asociación.

Pero lo que sorprende más todavía, dado su modo de irrupción, es que esta joven mujer me declara estar en su tercer análisis. En efecto, desde los veinte años no deja de frecuentar a los psicoanalistas, dice. Encuentra su primer analista cuando acaba de casarse. El casamiento produjo en ella un curioso efecto: agotaba a su marido con sus provocaciones y sólo soportaba literalmente una cosa de él: que le hiciera el amor. El marido, teniendo que proseguir una obra distinta a la de prestarse al empuje a la impotencia de su mujer, llama a un psiquiatra que aconseja el análisis. Allí se dirige la Sra. D.

En medio de variadas dificultades, oscilando entre el mutismo y el escándalo, una cura tuvo lugar. Las exigencias sexuales de la analizante llegaron a encontrar una salida a su medida. Se divorció, quedando en excelentes términos con su marido, y tomó un amante. Más exactamente, tomó dos. Uno de ellos, rico, la mantenía pero, precisa, no la colmaba sexualmente. El otro, pobre y delincuente, fue, dice, su único maestro en los juegos del amor. El amante pobre podía en cualquier momento, cuando ella lo recibía, hurtar los regalos del amante rico —lo que ella esperaba y temía en un estado de inquietud angustiada. En resumen, encontró un equilibrio, es la felicidad. Obtiene del amante rico un departamento para ella, y sobre todo un baño que quiere soberbio. Es un éxito.

El primer análisis se detendrá allí, parece, después de un período de diez años, en una suerte de apaciguamiento. El analista, que no es incauto, propone por supuesto a la paciente volver si llegaba a atravesar un período particularmente angustiado. La oportunidad se presenta cuando el amante pobre desaparece, en el momento en que

el baño está terminado. La víspera de su partida a un viaje, la Sra. D. recibe una última llamada. A su vuelta, no más noticias. Tiene entonces el sentimiento de haber adquirido todo eso en vano. La retirada de aquél que cuidaba del alhajero vuelve caduco el baño, estuche maravilloso, y la confronta nuevamente de manera aguda con la significación fálica.

Su primer analista declina entonces su demanda de retomar el análisis y la dirige a una colega: “Ahora es una mujer lo que Ud. Necesita”, le dice. La Sra. K., a quien la dirige, está totalmente convencida de ello, por otra parte, aunque sorprendida de que después de todo ese tiempo el análisis esté aún por hacerse. Pone manos a la obra activamente, fijando a su paciente a una identificación familiar. En efecto, la Sra. D. Retiene de su infancia y adolescencia la historia siguiente: su padre tenía, con una joven vecina, una relación que envenenó la vida de su madre: ésta sólo pudo terminar con ello amenazando de manera muy convincente a su marido y su amante con tirarles vitriolo y encegucarlos. La interpretación clave de la Sra. K., a los ojos de la Sra. D., es ésta: “Usted se identificó con la amiga de su padre”.

Es luego del deceso de su abuela —persona que contó mucho para ella— que viene a verme; estando el segundo análisis bloqueado, ya no puede volver a lo de la Sra. K. Una experiencia subjetiva crucial se desarrolla durante el entierro. En el momento en que el cajón está por cerrarse, ella no reconoce a su abuela, que es sin duda la única mujer que la reconoció en su infancia, y la única de la que ella guarda recuerdos amables en sentido estricto. Es un pequeño fenómeno elemental perfectamente constituido.

De este modo, en el momento en que la veo, logró llenar su departamento como un basurero. Acecha la llegada de un hombre en las cercanías, y no puede separarse de las llaves que la estorban. No se queja de esto: el psicoanálisis la hizo envejecer prematuramente por la angustia de la que no logra deshacerse, lo que la arrugó.

De manera paranoide, acusa entonces al psicoanálisis de todo, lo que no le impide volver y tomarme incesantemente como testigo

de los estragos que cometió sobre ella, que fue una verdadera belleza, el psicoanálisis. Aporta la prueba de fotografías y cartas de adoradores perdidos. No me detengo hasta que me deja una, cuando ella no quería decirme ninguno de los nombres de su historia —por ejemplo, el de su marido— y no quería que nada dejara huella. Si no me detengo hasta que me abandone estos testimonios de admiradores, es que allí se trata menos de interpretar que de ocupar un lugar: el de basurero de las cartas en espera. Por otra parte, una vez obtenida una primera carta, otras la siguieron, verificando la ecuación *litter/letter*. Va a escribirme cartas —se trata de relatos de sueños— en pequeños papeles para acuarela que depositará entre mis manos. Esta serie forma lo esencial de la interpretación que pudo proporcionar del momento agudo que atraviesa.

Los repartiré en dos registros esenciales. En primer lugar el de la significación fálica no anclada. Este es el primer sueño: “Llegaba un auto. Mi padre, creo, estaba acostado en la parte trasera. Yo decía, espantada: *¿qué tiene?* Se me respondía, y era la voz de mi padre: *Nunca fue operado*. Nadie estaba al volante del auto”.

Este sueño del padre acostado, cuya voz la persigue, se opone punto por punto a un segundo, que pone en escena a una mujer: “Me detenía en auto frente a una especie de albergue. Llevaba conmigo dos bolsos de viaje. Los dejaba en el auto y entraba a preguntar si había una habitación para la noche. Las personas estaban sentadas alrededor de una mesa redonda, comiendo. Una mujer se levanta y me pregunta si es para dos personas. Por supuesto, pero no me atrevía a decir que era para mí a causa del veneno. Entonces, *¿cómo dejar los bolsos que tenía en el auto y que debía absolutamente descargar?* Aquí, la operación consiste en dejar los bolsos, las bolsas. Por otra parte, ella evocará un sueño en el que efectivamente su marido tiene bolsas que sangran en el extremo de las manos. La madre se erige, se erige entre una habitación y ella. La madre puede compartir la comida de los hombres, ella no. La sangre y la angustia de envenenamiento están ligadas a la angustia de castración.

La otra vertiente se anuda alrededor del objeto, ya sea escópico.

oral o anal. Por el dinero imposible “de lavar”, viene a taponar la cuestión de la deuda imposible de saldar entre su padre y ella. El dinero, ya que no se sitúa en un circuito de deuda, se reduce estrictamente a las heces. Hace este sueño: “Estaba en mi habitación, descendía. Estaba en una furia loca frente a mis padres. Les decía que si moría, haría un testamento para que no hereden mi departamento”. Subraya lo siguiente: “Mis dientes caían en un pequeño pote de mierda...”

Otros sueños le dan un acceso directo al goce, sin represión: “Había tomado el tren. Se detenía en la estación. No me apuraba a descender” —es lo inverso del sueño en el que se apura a descender para tirarles la bronca a sus padres. Su marido, furioso, le dice que tome sus cosas y se apure: “Ya no encontraba el vagón. No estaba segura de que fuera ése. Ya no encontraba nada mío. El tren arrancaba. ¡Demasiado tarde! ¿A dónde íbamos? Al cabo de algunos instantes, advertía que no era realmente un tren; éramos dos, el que conducía y yo. Le preguntaba si era posible llevarme de vuelta. Como si esto se transformara, nos encontrábamos sobre una especie de artefacto que parecía patines para hielo. Tenía un vestido ultra corto”. Este vestido develaba su sexo, y ella tenía un sexo de hombre. “Me desperté gozando”, concluye.

#### *Vertiente persecutoria de la transferencia*

Durante el tiempo en que ella interpreta sus sueños, vuelve hacia los hombres. En el curso de tres relaciones sucesivas, cercanas, sobrevienen preocupaciones concernientes a eventuales pérdidas de sangre en las relaciones sexuales; estas preocupaciones toman cada vez más lugar. Un buen día me declara que sólo logré enfermarla más de lo que estaba, como todos los psicoanalistas que había visto hasta el momento, y que ahora era necesario que ella fuera a consultar a una analista mujer. Por otra parte, ella reactivó una antigua relación con una mujer. Ya no quiere saber más nada de los hombres, que sólo son, como yo, hombres sin principios —ella está propiamente



tomada por una rabia narcisista homogénea a su estructura subjetiva. A partir de ese día, comienza un período perturbado de puestas en acto de diversos caprichos. Corre entonces a ver a una serie de médicos para tomarlos como testigos de una enfermedad de la piel o de una irritación ocular debida al empleo desordenado de productos de maquillaje que desemboca en una irritación efectiva.

Retomando con más brío sus acusaciones, reprochándome haberla enfermado, telefona antes de cada una de sus citas con un médico, para decirme claramente hasta qué punto de desesperación ha llegado, y cuán grande es mi falta. La transferencia está entonces en una vertiente persecutoria. Vuelve a verme, dejándose puestos los anteojos negros, efectivamente identificada a la amante del padre, cegada y finalmente castigada.

Munida de esos mismos anteojos, va a ver a la Sra. K., para preguntarle la razón de su interpretación central. Por un lado, va a mostrar a todos los médicos su castración no simbolizada, en tanto que está taponada por el objeto mirada. Por otro, la interpretación que la había capitonado en un momento toma un giro persecutorio del que va a pedir razón. Ella, que aspiraba a la fascinación del Otro por su belleza, toma al mundo como testigo del irreparable dolo que se estableció en lo imaginario. Al mismo tiempo, en el corazón de ese período, formula lo único que podría repararlo todo: debe encontrar otro amante, aún más rico, y eventualmente más impotente, que vendría a ofrecerle el departamento aún más grande que le permitiría tirar el que posee.

### *Nueva homeostasis*

Luego de una ruptura, este período concluye con un retorno en el que viene, apaciguada, a declararme su amor de transferencia. Ha sido necesario para ello que vaya a ver a médiums mujeres para intentar volver a ganar la afección de su marido. Vuelve a encontrar el lugar de "mujer de su marido". Se despegará entonces de la cura, apaciguada.

¿Qué podemos reconstruir del efecto de estos dos análisis con el Sr. y la Sra. K? El Sr. K obtuvo un apaciguamiento abundando en el clivaje histórico de la vida amorosa, entre el marido o el amante, el portador del título –cuya importancia consiste en encarnar al esclavo que mantiene a la Sra. D.–, y el “único maestro de los juegos amorosos” –el portador del órgano. La Sra. K., por su parte, puso en juego la identificación de la paciente con el objeto del deseo del padre. Pero si el análisis tropieza entonces, es con el punto de real donde la Sra. D. no reconoce a su abuela, esta abuela que la había reconocido siendo niña. Es entonces que se acentúa el carácter imaginario de los fenómenos, la vertiente “lenguaje del cuerpo”, la podredumbre de los órganos, y la invasión del desecho en el departamento.

La angustia no podía, en este caso, volver a encontrarse capitonada por el síntoma. El síntoma mismo, esencialmente múltiple, de una hipocondría marcada, era el argumento de sus *acting out*. Al constituir una red de recursos, evitando la cristalización de su persecución, una nueva homeostasis ha sido encontrada y la angustia apaciguada. En cada uno de los casos la dimensión terapéutica está en primer plano. El psicoanálisis aplicado a cada uno de ellos procede de manera distinta para desangustiar. En el primer caso, es la consistencia del síntoma la que permite desplazar la angustia. En el segundo, es a través de la construcción del fantasma en la transferencia. En el último caso, la angustia aguda se apacigua ya que es el analista quien se encuentra en el lugar de un *partenaire*-síntoma que le permite al sujeto reunirse alrededor de una identificación narcisista reencontrada.

*Traducción: Nieves Soria Dafunchio*

1. J. Lacan, “La direction de la cure”, *Écrits*, Seuil, París, 1966, p. 630.
2. F. Fornari, “Presentazione”, in M. Klein, *Analisi di un bambino*, Borinigiere, Turin, 1971.
3. J. Lacan, “Discours de cloture aux journées sur l'enfance alienée”, *Autres écrits*, Seuil, París, 2001.